

y puesto su dirección en manos del Padre J. Román Terán, que como mexicano no pudo ser comprendido en la orden de proscripción, y había sido de los que, torpemente aprehendidos y encarcelados la noche del 20 de Mayo, fueron puestos en libertad al día siguiente. Alojado en la casa antigua del Conde del Jaral, perteneciente al Sr. D. Mariano Moncada, que fué quien dió la fianza de que acabamos de hablar, esperó tranquilo el resultado del amparo y el fin de los sucesos, y con gran sorpresa vió, al resolverse aquél, que había sido engañado y que los ofrecimientos del Presidente no eran más que vanas palabras. Por consiguiente, en una de las últimas partidas de los desterrados tuvo que salir el Padre Soler, embarcándose en Veracruz, el día 12 de Diciembre de 1873, con dirección á los Estados Unidos.

Tal fué el término de este oprobioso asunto, uno de tantos que con mengua de la civilización manchan las páginas de nuestra historia, y en la que tanta parte cupo en suerte como víctima al respetable sacerdote de cuya vida estamos tratando.

#### V.

La mayor parte de los Padres jesuítas desterrados, se dirigieron á San Antonio Texas (Estados Unidos), con el fin de establecer un colegio, como en efecto lo establecieron en Seguin, pequeña población cercana á aquella ciudad. El Padre Soler siguió el mismo camino, y permaneció en ese lugar algunos meses, compartiendo con sus compañeros los trabajos y privaciones que son anexos á todo extrañamiento y que sólo pueden apreciar los que alguna vez los han sufrido. Después se trasladó á Nueva York, con el fin de ejercer sus ministerios con los fieles de lengua española, que frecuentemente los solicitan en la iglesia de San Francisco Javier, y por lo cual siempre hay en ella un Padre que les está dedicado; y al mismo tiempo, aprovechando la ocasión que se le presentaba, se propuso adiestrarse en el idioma inglés, que si bien había estudiado anteriormente, no tenía práctica de hablar.

Cerca de cuatro años duró la permanencia de dicho Padre en estos ministerios y ocupaciones. Como era natural, la esfera

de los primeros tomaba cada día mayor amplitud, á medida que adquiría más facilidad en el idioma citado. Su aplicación á éste era constante, y tal, que no tuvo empacho en asistir todos los días á la escuela de primeras letras que había en el colegio anexo á la iglesia de San Francisco Javier, en que habitaba, para acostumbrar el oído á la clara y pura pronunciación de los niños y adquirirla él á su vez. De esta manera, y con el estudio y práctica continua, llegó en poco tiempo á ponerse en aptitud de ejercer toda clase de ministerios en la lengua del país, sin dificultad alguna, además de los que ejercía en la suya propia. Ejemplo notable de asiduidad y dedicación, que muestra el empeño que ponía en dar cumplimiento á los cargos que se le confiaban.

De esta suerte dispuesto, tuvo el Padre Soler ocasión de tratar con algunos de los más conspicuos católicos neoyorquinos, entre otros el General Milles, que después, en tiempo de la guerra de Cuba, desempeñó el cargo de generalísimo del ejército americano; de dar pláticas y ejercicios á las comunidades religiosas; y de confesar indistintamente á cuantos se acercaban á su confesonario, en el templo de San Francisco Javier antes mencionado. Fué entonces cuando se le confió la oración fúnebre, en las solemnes honras que la colonia española de Nueva York celebró en la misma iglesia, por el alma de Cervantes, autor del Quijote, y que desempeñó dicho Padre con aplauso unánime de la numerosa concurrencia que llenaba las naves del templo y hasta elogio de alguna de las más notables publicaciones de España, por la resonancia que en ella tuvo el suceso. Al mismo tiempo recibía con grande afecto á los mexicanos que de paso por la citada ciudad le visitaban, mostrándose siempre dispuesto á prestarles cuantos servicios estaban en su mano.

Así pasó el tiempo, hasta que sedada la persecución sectaria y entrando nuestro país en otra vía más razonable, pudo el Padre Soler y algunos de los otros que con él fueron desterrados, volver á México. Mas como el trastorno que habían sufrido todos con tan injustificada no menos que rigurosa medida, les causó grave desconcierto, no pensaron dedicarse por lo pronto sino á los ministerios que se fueran ofreciendo en diversos puntos de la República. El Padre Soler se quedó en Puebla,

temeroso de que el Illmo. Sr. Labastida quisiera confiarle de nuevo el Seminario, cosa que ya sospechaba y deseaba evitar, para no verse en el caso de vivir separado de sus compañeros, sin libertad para entregarse ampliamente á los ministerios sagrados y expuesto otra vez á nuevos peligros. Esto no obstante, de nada le valió tal medida: cuando apenas se hubo presentado por algún negocio en la capital y tuvo ocasión de hablar con dicho Prelado, luego al punto le dijo éste, que no era otro su designio. El Padre Soler opuso algunas dificultades; mas una vez que el Sr. Labastida le hizo ver que el asunto ya estaba arreglado con su superior, no replicó más, y se sometió sin vacilar á lo dispuesto, aceptando el cargo.

Tomó, pues, de nuevo el Padre Soler, la dirección del Seminario el año de 1878, y permaneció en él hasta el de 1892, en que ocurrida la muerte del Sr. Labastida, creyó oportuno pedir al Vicario Capitular, Dr. D. Próspero M<sup>a</sup> Alarcón, nombrado entonces, y que después ocupó la sede vacante como Arzobispo, que lo exonerara del cargo. Aunque el Señor Vicario estimaba mucho al Padre Soler, tanto como el Sr. Labastida, y reconocía en igual manera las dotes de gobierno que lo adornaban, accedió á la demanda, en atención al largo período de años que había prestado sus importantes servicios, y mostrándose por ellos muy reconocido.

En esta segunda época permaneció el Padre Soler al frente del citado Colegio, con Padres del clero secular, y sin que ningún jesuíta lo acompañara en sus labores. Sin embargo, no por eso dejó de desempeñar su cargo con el mismo acierto que antes del destierro. Mantuvo siempre con los profesores y prefectos que se iban sucediendo, mucha unión, y por su trato cordial y franco les mereció grande estima y respeto. Varias generaciones de sacerdotes que viven aún en su mayor parte, se formaron en la ciencia y disciplina bajo su paternal cuidado. A todos atendía, por todos se interesaba, y á pesar de la severa autoridad que aparecía en su semblante y le era tan natural, se mostraba siempre bondadoso y de gran corazón, al grado que á todos inspiraba confianza y de todos se hacía amar. Tan pronto como notaba escasez de recursos en alguno, y que esto podría impedirle la continuación de sus estudios, le socorría con-

venientemente, cuidando de no dar importancia alguna á estos actos de caridad y de que no fueran notados.

De esta manera fué como pasó el Padre Soler este largo período de catorce años en el Seminario, practicando el bien cuanto estaba en su mano, oyendo además consultas, y ejerciendo algunos otros ministerios, como solía hacerlo, según vimos, en épocas anteriores; y una vez que le fué admitida la renuncia de que acabamos de hablar, se trasladó á la Iglesia de Santa Brígida, donde estuvo un año solamente con el cargo de superior y capellán del templo. Mas como ya habían comenzado á declinar sus fuerzas, se le destinó al fin al Santuario de los Angeles, en el que, si bien no escasea el trabajo, se hace más llevadero cuando se cuenta, como contaba el Padre Soler, con el auxilio de otros sacerdotes. Desde luego se dedicó á levantar una casa de ejercicios, pues el sitio en que allí mismo solían darse éstos, era sumamente estrecho y poco acomodado. Trabajó incansablemente hasta dar remate á la obra, y en seguida, alternando con otros Padres, dió no pocas tandas y retiros, y al mismo tiempo oía confesiones en el templo, dirigía la conciencia de varias personas y resolvía consultas como de costumbre.

Diez y seis años duró la permanencia del Padre Soler en este cargo y ocupación hasta su muerte, que como se sabe, acaeció el 18 de Agosto del año pasado (1909). Su vida fué aquí, durante este período de tiempo, muy tranquila y retirada. Desde el principio se propuso abstraerse de todo trato que le obligara á salir de casa, al grado que sólo dejaba ésta en casos muy indispensables; y estrechando más y más su retiro, llegó en los últimos dos años á no salir más. Siempre tuvo muy fijo ante los ojos el pensamiento de la muerte, y parece que en su nueva morada, la idea constante que le dominó, fué el prepararse á ella, redoblando aún más el fervor de que siempre había dado marcadas pruebas. No quiere decir esto que su trato hubiera desmerecido en nada: hasta el fin de sus días conservó la jovialidad y franqueza que le eran características; recibía siempre á quien le visitaba con su acostumbrada amabilidad, empeñando conversaciones que mostraban la vasta erudición y feliz memoria que poseía, así como el extenso conocimiento del mundo y de la sociedad, especialmente de la mexicana en que

había pasado la mayor y más florida parte de su vida; y no rehusaba, por fin, servicio alguno al que se lo pedía, siempre que estuviese en su mano el prestárselo.

Decimos, pues, que el pensamiento dominante del Padre Soler en esta última etapa de su vida, fué de prepararse á la muerte, porque, hombre de gran virtud como había sido siempre, aquí se le vió entregarse á ella con mayor y más decidido esfuerzo. La tierna devoción que profesaba á la Reina de los Angeles, patrona del Santuario que tenía á su cargo; su abstracción más completa, á medida que pasaba el tiempo, de los asuntos que no requerían forzoso cuidado de su parte; la lectura que hacía de la Biblia; y la prolongada y casi continua meditación á que solía entregarse, eran pruebas bien manifiestas de ello. Casi siempre se le encontraba en su aposento con la luz extinguida, que sólo usaba cuando alguna persona tenía que hablarle, y dado como había sido á la lectura, solía decir que ya no quería más libros, y que le bastaban la Biblia y el Kempis. Instruído como pocos en los acontecimientos de México y de Europa, á medida que pasaba el tiempo iba mostrando menor interés por los que de nuevo ocurrían.

Así fueron trascurriendo los años, hasta que, agotadas sus fuerzas y consumido por la edad, entregó plácidamente á Dios su bella alma. No padeció, en rigor, enfermedad aguda; el cansancio del diabetes, que apareció en los dos últimos años de su vida, era lo que más le aquejaba; pero era tal, que más bien parecía achaque de la edad. Estuvo á punto de llegar á los ochenta años, faltándole sólo ocho días para cumplirlos, y es de creerse, visto el largo retiro á que estuvo entregado, que nunca esperó alcanzar tan larga vida. Mas sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que fué toda ella muy llena y bien empleada, y que su muerte no desdijo en un punto de la misma, pues con verdad puede decirse que fué la de los justos y envidiable bajo todos aspectos. Sin graves dolencias, y sólo retenido ocho días antes en su aposento por el cansancio, había dejado de celebrar misa y contentándose con recibir la sagrada Comunión. Por fin, fortalecido con el Viático y Extremaunción que se le administraron la noche del 17 de Agosto, el día 18 siguiente, después de alimentarse todavía con el Pan Eucarístico, sin que

se hubiesen presentado antes signos alarmantes, sino antes por el contrario rezando las Horas Menores en cuanto le era posible con otro Padre á quien había invitado para ello, y hablando poco después con otro de diversos asuntos, á eso de las nueve de la mañana se comenzó á notar en su voz cierta debilidad, y advertido de que su vida se extinguía, sin inmutarse en lo más mínimo, designó el lugar en que se hallaba una candela que tenía ya dispuesta, y contestando la letanía de los agonizantes y siguiendo con marcado fervor la recomendación del alma, imprimió dos ósculos en el Crucifijo que tenía en la mano y exhaló con paz admirable y sin esfuerzo alguno su espíritu.

Tal fué la vida del Padre Soler, del digno sacerdote y cumplido religioso, que no supo dejar en pos de sí más que bendiciones y ejemplos de virtud dignos de imitarse. Pero no precipitemos el fin de esta relación, que aun hay que decir algo más acerca de su carácter y de las cualidades morales que adornaron su alma.

## VI.

El carácter es la fuerza moral, la santa tenacidad de los propósitos, el impulso poderoso é incommovible en las acciones generosas de la vida. El hombre de carácter es aquel héroe justo y tenaz en sus propósitos, de que nos habla Horacio: *Justum et tenacem propositi virum*, que se mantiene firme é inquebrantable en sus convicciones, aun cuando el mundo hubiese de perecer y le sepultara en sus ruinas. *Si fractus illábitur orbis, impávidum féríent ruínæ*.

Hay hombres que tienen carácter ó firmeza de propósito en determinados asuntos, pero no en otros; en uno ó varios, pero no en todos. De estos podrá decirse que tienen carácter para tal ó cual cosa, mas no que son hombres de carácter. El que es tal, debe ser inquebrantable en todas sus convicciones, por más que una de ellas sea la que más sobresalga en él y constituya, por decirlo así, la nota que le distingue de los demás hombres ó el principio de donde nace la firmeza y tenacidad de sus propósitos.

Pues tal era el Padre Soler, como dijimos al principio; hom-

bre de verdadero carácter, que se distinguía por una grande rectitud de ánimo. Cuando llegaba á persuadirse de su deber, no había poder alguno que lo hiciera apartarse de él, ni aun siquiera admitir la más ligera contemporización. Tenía muy arraigados y le eran como naturales los principios de la justicia, y de aquí se originaba la solidez de su fe y lo bien fundado de su religiosidad. Tan luego como entendió que era llamado á la vida religiosa, no vaciló un momento en abrazarla, y se entregó á ella con verdadero fervor, sin que jamás rehusara nada de lo que exige, por arduo y penoso que fuese, ni hiciera en su contra la más leve manifestación. Por eso se le vió obrar siempre y en cualquiera circunstancia, con la mayor naturalidad y con ánimo tan sereno, como si no le afectaran los cambios y tribulaciones á que se halla sujeta la vida. El deber era su norma, el punto adonde convergían todos sus actos, siendo lo demás para él, secundario y accidental.

De semejante disposición de ánimo y excelentes dotes, nacía en este Padre un amor irresistible á la verdad y una repugnancia suma por la mentira, la sinceridad de sus conceptos y la franqueza con que los emitía. El respeto humano le era desconocido, y antes se hubiera dejado quitar la vida, que proferir la más leve mentira. Tenía horror instintivo á ésta, y para él, una de las notas más degradantes en un hombre, era la de ser tachado de mentiroso. Recordamos á este propósito, que no sabía de su asombro ni podía comprender cómo aquel León Taxil, que tanto escribió sobre la masonería, no tuvo empacho en declarar ante una gran reunión, en París, que todo cuanto había escrito eran puras mentiras, y él un falsario que no había tenido más fin que explotar al público con sus engaños y supercherías. No había doblez en él de ninguna especie, y así podía estar cierto el que le trataba, que todo lo que le decía lo sentía; y tan ajeno era á la baja adulación, que antes por el contrario, no tenía empacho en decir la verdad por amarga que fuese, á quien creía deber decirla.

Esta misma rectitud, este carácter nunca desmentido, junto con el buen juicio y vasta ciencia que poseía, hacían que el Padre Soler fuese tan acertado en sus decisiones y consejos como indicábamos más arriba, y que solicitada de continuo su

opinión, se hiciese de ella gran aprecio. Porque, cierto que ni el buen juicio ni la ciencia bastan para pronunciar sentencia justa, si no se tiene el valor suficiente para decir la verdad, ó si la pasión se apodera de cualquier modo del ánimo.

Una particularidad, tenemos entendido, que no dejó de influir en la formación de semejante carácter y en sostenerlo y hacerlo cada vez más vigoroso, fué que dicho Padre jamás conoció el miedo. «Nunca he tenido miedo á nada y á nadie: no sé lo que es el miedo,» le oímos afirmar varias veces, y por cierto que no lo decía por vanagloria, pues era igualmente ajeno á ella. Fué ésta sin duda una cualidad natural, que nunca faltó en él, debido á la paz de su conciencia, y que á su vez servía para corroborar ésta, desligándola de toda preocupación que la inclinase á torcer su camino. De todas maneras, hay que convenir en que tal cualidad se hallaba muy de acuerdo con el carácter de dicho Padre.

Un hombre de temple semejante y de tal suerte modelado, no podía menos que ser religioso «jemplar; y lo fué en verdad, pues á un amor grande que profesaba á su vocación y á la Orden á que pertenecía, hay que agregar su observancia en las reglas más menudas y el exacto cumplimiento de sus votos. De la castidad nada hay que decir, constándonos lo estricto que era en la retención de sus sentidos y amante de la mortificación. En la pobreza podía decirse que llegaba á la austeridad, sin que por esto dejara de ser generoso con los que estaban á su cargo, cuando entendía que algo les era conveniente ó necesario. Y por lo que toca á la obediencia, era exactísimo en ella. Una vez que le era conocida la voluntad del superior, no vacilaba ni discutía consigo mismo ni de otra manera alguna: luego al punto tomaba el cargo, ó ponía en práctica la obra que se le ordenaba, con tan buena voluntad, que parecía no había cosa que fuese más de su agrado, ni que mejor le pudiera convenir. Desde joven tuvo natural repugnancia á entenderse en el cuidado y dirección de estudiantes y colegios, y sin embargo, la obediencia hizo que este cargo fuese el de casi toda su vida, en circunstancias anormales que lo hacían más difícil y pesado, y que lo desempeñase con grande celo, acierto y alacridad, al grado que parecía haberlo él mismo solicitado. Cierta ocasión suce-

dió que una persona se sintiera muy agraviada por algunas palabras que con su genial franqueza y con la mayor sencillez había proferido dicho Padre; y aunque el caso, si no hubiera sido por el estado de ánimo en que se hallaba el quejoso, habría pasado para otro inadvertido y no tenía importancia de ninguna clase, tan pronto como entendió el mismo Padre, que el Superior deseaba se diese satisfacción á la persona aludida, luego al punto y sin el menor reparo se la dió y de lo más completa. En materia de obediencia era nimio el Padre Soler; comprendía que ésta era la virtud característica de los hijos de San Ignacio, y por esto le tenía rendida no sólo la voluntad, sino también el propio juicio.

Como superior, que lo fué casi toda su vida, tenía cualidades de primer orden. A una gran prudencia y llaneza en el trato, que alentaba la confianza de parte de los que le estaban subordinados, para comunicarse con él y abrirle el corazón, añadía no menor caridad y desvelo por ellos, lo que daba á su gobierno un aire verdaderamente paternal. Prueba manifiesta tenemos en lo que va referido en estas páginas, y en el amor que siempre se captó de parte de los que tuvo á su cuidado. Ni el aspecto severo y grave de su exterior, ni el respeto que infundía pudieron nunca enajenarle las voluntades, porque apenas se le trataba, se descubría en él un gran corazón, un corazón de oro, por decirlo así: amplio y generoso para soportar las faltas de otros y sacrificarse por ellos; tierno y compasivo para disimular las flaquezas ajenas y levantar al caído; siempre dispuesto á hacer bien y nunca mal; y fiel y abnegado en prestar servicios y corresponder á la amistad hasta donde el deber no lo prohibía.

Todas estas cualidades tan de acuerdo con su carácter, provenían de dos virtudes que en él más sobresalían: el desprecio de sí mismo y la caridad. Y en efecto, el Padre Soler había profundizado toda su vida en la miseria propia, en el ningún valer que tiene el hombre respecto de Dios, de quien todo lo ha recibido, y en la perversión causada en él por el pecado. De aquí que no tuviese de sí el menor concepto y se creyera digno de toda desestima, y que practicara la obediencia, como hemos visto, pronta y cumplidamente. Al mismo tiempo, la medita-

ción asidua que hizo de Jesucristo, el estudio del inagotable amor en que arde su corazón para con los hombres á pesar de la ingratitude y desvíos que de estos recibe en recompensa, encendió el suyo en amor divino y en amor también de sus semejantes. No es extraño, por lo mismo, que al hablar de Dios, de Jesucristo y de las cosas santas en general, descubriese el respeto y veneración que por ellas tenía y los profundos conocimientos que había alcanzado, y que por otra parte, manifestara gran compasión por los desgraciados, especialmente por aquellos que se habían apartado del camino de la verdad; que interpretase benignamente cuantas veces podía y el hecho no era notorio, los defectos y yerros de los demás, y nunca hablara de nadie en modo acerbo y desfavorable. Tanto era el afán que mostraba por disminuir las faltas y descarríos ajenos, de salvar siquiera las intenciones de sus autores, que á veces, aunque fuese evidente y público el caso, se hacía difícil convencerlo de la malignidad que encerraba. Propiedad de las almas buenas, de los corazones grandes, que han sabido modelar el suyo en el estudio y contemplación de las divinas perfecciones y misterios de nuestra adorable redención.

No era menos estimable el Padre Soler considerado socialmente. A todos sabía dar su lugar y no desdeñaba el trato ni con el potentado ni con el pobre ó desvalido, guardando siempre á cada uno las debidas consideraciones. Como amigo no tenía precio: consecuente, fiel y sincero, siempre estaba dispuesto á prestar los mejores servicios, sin hacer gala de ellos ni darles la menor importancia. Delicado en extremo, cuidaba mucho de no ser molesto á nadie. Naturalmente agradecido y generoso, no perdía oportunidad de corresponder á los favores que recibía, y procuraba hacer bien á todos cuantos le era dable, sin exigir para sí la menor recompensa ni aun tenerse siquiera como acreedor á ella. Su conversación era amena é instructiva; su trato cortés, franco y jovial. Atento con todos, no descuidaba los miramientos que son debidos á los superiores y personas constituídas en dignidad. Supo, en fin, ser culto sin ser mundano, y cumplir con la sociedad sin perjuicio de su estado de religioso.

Imparcial como pocos en sus apreciaciones acerca de los

hombres y de los pueblos, no desconoció nunca el mérito á que era acreedor cada uno. Lamentaba los males que había causado el excesivo é inconsiderado amor patrio. Sin embargo, no por eso dejaba de amar á su suelo natal y sentir entusiasmo por sus glorias. Se hacía á las costumbres del país que habitaba, con gran facilidad, y no podía ocultar el amor que profesaba á México, en donde había pasado la mayor parte de su vida y al cual consideraba como suyo. Conocía menudamente toda nuestra historia y á nuestros hombres, y era grande el interés que tomaba por todo lo que se refería á esta nación. Tan identificado se hallaba con el modo de ser y costumbres mexicanas, que parecía no tener otra patria y que la nuestra era la suya.

Pero nada hemos dicho de una cualidad que lo distinguía en alto grado y no podía faltar á su grande religiosidad y virtudes, y es el tierno amor que siempre tuvo á la Madre de Dios. No es posible que fuera de otra suerte; porque ¿en qué manera había de ser verdadero amante de Jesucristo sin serlo de María? ¿cómo podría haber penetrado en el Corazón de nuestro divino Salvador y ahondar allí en los misterios y maravillas que encierra, sin admirar las grandezas de la Madre, sin sentirse atraído por ellas, y más aún, sin valerse de su poderoso auxilio para amar como amaba al dulcísimo y buen Jesús? Prueba indudable de este amor eran los conceptos, breves y concisos, como eran todos los suyos, pero ardientes y delicados que algunas veces acerca de ella solía emitir. Profesaba particular afecto y profunda veneración á la Virgen de Guadalupe, y se mostraba grandemente sensible á la Reina de los Angeles, como llamaba á la célebre imagen á que tantos años rindió culto en su Santuario, hasta exhalar inmediato á ella y bajo su amparo el último aliento. Compuso un soneto muy bello y de los más inspirados que salieron de su pluma, á la primera, el cual gustosos habríamos publicado si nuestras gestiones para dar con él no hubiesen resultado infructuosas. Asimismo, cuando la vana crítica puso en duda la aparición de Virgen tan venerada, salió en defensa de ella, predicando un notable y bien fundado sermón en la iglesia de Santa Brígida, en el que mostró su ardiente celo por la gloria de María, y gloria la mayor y más legítima de nuestra patria.

En cuanto á la Virgen de los Angeles, cuya imagen podía contemplar y contempló largos años, los últimos de su vida, desde una ventanilla de su aposento, no sólo mostraba hacia ella grande veneración y afecto, y se manifestaba complacido de habitar cerca de su adorable imagen, la casa contigua al santuario que lleva tal nombre, sino que propagó su gloria y culto cuanto pudo, y en obsequio suyo tomó á su cargo hasta la muerte el cantar las misas de los sábados y todas las que allí se celebran de ordinario con tal solemnidad. Y para que se vea como abundada en los más tiernos afectos hacia la celestial Señora, vamos á dar remate á estas ya dilatadas páginas con unas cuartetas que le dedicó, en las que parece que predecía y contemplaba su dulce y santa muerte.

He aquí la fervorosa y bella composición, que está fechada en México el 19 de Julio de 1893, poco tiempo después de haber fijado su residencia en la casa contigua al venerado santuario :

A MARIA SANTISIMA DE LOS ANGELES.

Al ver tu imagen, Señora,  
En mí se enciende una llama  
Que todo mi pecho inflama,  
Que jamás se ha de extinguir.

Arda y crezca, y en la hora  
Postrimera de mi vida,  
Esté ya tan encendida,  
Que su ardor me haga morir.

Y al romper la nueva Aurora,  
Dejando el cuerpo en el suelo,  
Podrá mi alma al alto cielo  
Ardiendo en amor subir.

Quiero esa faz que enamora  
Verla viva, no pintada,  
Y ver su dulce mirada,  
Y su amable sonreír.